

# **Los caminos de Dios con los suyos**

Ludwig SCHLOTTHAUER

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Pruebas necesarias en la vida de los creyentes . . . . .</b>	<b>3</b>
<b>2 - Imágenes para ayudarnos a entender el objetivo del juicio . . . . .</b>	<b>5</b>
2.1 - El refinamiento de un metal precioso . . . . .	5
2.2 - El corte de las piedras preciosas . . . . .	5
2.3 - La limpieza de la vida . . . . .	6
2.4 - Aceite e incienso . . . . .	6
<b>3 - La obra de Dios en nosotros a través de las dificultades que él permite</b>	<b>6</b>
<b>4 - La paciencia en la aflicción, mientras se espera el descanso eterno</b>	<b>8</b>

Los caminos de Dios hacia sus amados hijos y siervos, que le son tan queridos y están tan cerca de su corazón, a menudo nos parecen enigmáticos. Más de una vez tenemos la tentación de preguntar: “¿Porqué, oh Dios?”, pero no obtenemos respuesta. Porque, como dijo Elihú a Job: «Mayor es Dios que el hombre... Él no da cuenta de ninguna de sus razones» (Job 33:12-13).

## 1 - Pruebas necesarias en la vida de los creyentes

Dios considera necesario que su pueblo pase por varias pruebas y dificultades de diversa índole; sí, «era necesario pasar por muchas aflicciones para entrar en el reino de Dios» (Hec. 14:22). Nos ama con un gran amor, y el Señor disciplina a quien ama, y «azota a todo el que recibe por hijo»; pero lo hace «para nuestro provecho, para que participemos de su santidad» (Hebr. 12:6-10). «No aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres» (Lam. 3:33). No se complace en hacernos daño; no, son las intenciones de fidelidad y bondad paternal las que dirigen sus caminos hacia nosotros. El amor y la sabiduría siempre se combinan. Dios suele someter a una disciplina especial a aquellos siervos que desea emplear de manera especial en su obra. Él mismo formó y preparó los vasos que iba a utilizar, a menudo mediante dolorosas pruebas, pero fue para hacerlos aptos para el servicio que iban a realizar.

Los pies de José estaban aprisionados: «Afligieron sus pies con grillos; en cárcel fue puesta su persona. Hasta la hora que se cumplió su palabra, el dicho de Jehová le probó» (Sal. 105:18-19).

Moisés tuvo que arrear el ganado en el solitario desierto de Madián durante 40 años antes de que Dios lo utilizara como su instrumento. Dios lo preparó así para el importante servicio que iba a prestar y para el sufrimiento que lo acompañaba. Fue una tarea difícil llevar y dirigir durante cuarenta años a un pueblo rebelde, siempre dispuesto a murmurar. Se requería un hombre que fuera «muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra» (Núm. 12:3). Así era Moisés. Pero, ¿dónde aprendió esta gentileza? En la escuela de Dios. Por el mismo camino llegó a esa íntima relación y preciosa comunión que se menciona a menudo en los libros que llevan su nombre, y de la que ningún otro gozó, ni siquiera el sumo sacerdote Aarón. Moisés fue fiel en toda la casa de Dios (Hebr. 3:5), y Dios no le habló en visiones, ni en sueños, sino de boca a boca, como un amigo a su amigo (Núm. 12:7-8; Éx. 33:11). En verdad, solo esto pudo mantenerlo erguido, en medio de un pueblo de cuello duro, de modo que pudo decir: «Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación»

(Sal. 90:1), al tiempo que descubría que el orgullo o el mejor de los días en esta vida pasajera en la tierra no es más que tristeza y vanidad. También nosotros podemos decir que el Señor es nuestra morada; la comunión con Él es también nuestra mejor parte. «Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán» (Sal. 84:4).

El apóstol Pablo fue un instrumento elegido por Dios. Pero se le dio una espina «en la carne, un mensajero de Satanás» para herirle en la cara, para mantenerlo humilde (2 Cor. 12:7). El Señor también permitió que su fiel siervo soportara mucho sufrimiento y tribulación por causa de su nombre, pero al mismo tiempo, para que Pablo pudiera consolar a los afligidos.

Los levitas habían sido elegidos por Jehová para ser siervos, para estar cerca de Él y para llevar los utensilios del tabernáculo de reunión. Él los amaba y cuidaba de ellos, pero leemos en Malaquías 3:3 que el Señor «se sentará para afinar y limpiar la plata... y traerán a Jehová ofrenda en justicia».

David era un hombre según el corazón de Dios; pero tuvo que pasar por años de sufrimiento y tribulación, incluso después de ser ungido para ser rey. Fue perseguido como una perdiz en la montaña (1 Sam. 26:20). Pero no olvidemos que, sin estos sufrimientos, nos perderíamos la mayoría de sus salmos. Todas sus pruebas interiores y exteriores, sus ejercicios de alma y sus enemigos, se convirtieron en ocasiones para la composición de salmos. Lo mismo ocurre con Pablo; sin sus cautiverios en Roma, nos veríamos privados de muchas de sus preciosas epístolas. Así, Dios saca grandes bendiciones de los grandes sufrimientos y profundas aflicciones de los suyos.

Juan era el discípulo «a quien Jesús amaba» (Juan 13:23), y este discípulo amado tuvo que ir al exilio en Patmos. Pero allí el Señor, para nuestro beneficio, le dictó el Apocalipsis. La gran tribulación de la que se habla en el capítulo 7 de este libro se convertirá en una inmensa bendición para una multitud que nadie puede contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Producirá un trabajo misionero mejor y más profundo que cualquier misionero de nuestro tiempo.

## 2 - Imágenes para ayudarnos a entender el objetivo del juicio

### 2.1 - El refinamiento de un metal precioso

El fuego es necesario y útil. Sin él, los metales preciosos no podrían refinarse. Lo mismo ocurre con las diversas tribulaciones y pruebas por las que Dios permite que pase su pueblo. Sirven para probar y refinar su fe (1 Pe. 1:6-7). ¡Qué gracia es, saber que el fundidor se sienta ante el crisol mientras refina los metales preciosos! (Mal. 3). Observa atentamente los grados de calor y no permite que el fuego se vuelva más ardiente de lo absolutamente necesario. «No apartará de los justos sus ojos... Al pobre libraré de su pobreza, y en la aflicción despertará su oído» (Job 36:7, 15).

Dios, hablando de Job, dijo a Satanás: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 1:8). Y, sin embargo, Dios dejó caer sobre él un gran peso de sufrimiento y extraordinarias tribulaciones. Pero todo esto sucedió para el bien de Job (cap. 42) y para nuestro consuelo: «Oísteis hablar de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor; porque el Señor es rico en misericordia y compasivo» (Sant. 5:11). Satanás explica la tribulación de otra manera. Dice que Dios es despiadado e injusto, que es insensible a nuestros sufrimientos y no escucha nuestros gritos. No le hagamos caso ni le creamos, porque es un mentiroso.

### 2.2 - El corte de las piedras preciosas

Los diamantes son piedras preciosas, diferentes entre sí por su tamaño, forma y color. Son raros y de gran precio. Pero todos ellos deben ser trabajados por el lapidario que los corta y pule. Este trabajo requiere el máximo cuidado y lleva mucho tiempo y esfuerzo. Un buen lapidario es un verdadero artista. El valor de un diamante aumenta considerablemente cuando está bien tallado, según las reglas del arte. Se le dan tantas facetas como sea posible para aumentar su brillo, porque cada faceta refleja la luz con un brillo maravilloso. Dios actúa así con los suyos, con las personas que ha adquirido. Trabaja las piedras con mano sabia y hábil, y llama a sus amados siervos «piedras de diadema» (Zac. 9:16). Serán «una corona de gloria... diadema de reino en la mano de Dios» (Is. 62:3). Son su tesoro, una perla de gran valor (Mat. 13:46).

## 2.3 - La limpieza de la vid

Solo la vid que da fruto tiene valor para el viñador; por eso la cuida tanto y la limpia de todo lo que pueda ser un obstáculo para que dé fruto ([Juan 15](#)). Un viticultor dijo una vez que la vid llora cuando se la poda, pero que, lejos de perjudicarla, esto la beneficia. Así que la aflicción, el dolor según Dios, también es bueno para nosotros, porque produce un arrepentimiento para la salvación del que nunca nos arrepentimos ([2 Cor. 7:9-10](#)). Las lágrimas de los creyentes, derramadas en un corazón así, son agradables a Dios. Las cuentas, las escribe en su libro y las pone en sus vasijas ([Sal. 56:8](#)). Tampoco debemos olvidar que «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán» ([Sal. 126:5](#)). «Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría» ([Sal. 30:5](#)). Pronto, sí, pronto, Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos.

## 2.4 - Aceite e incienso

Si no se prensaran las aceitunas, no habría aceite; los racimos deben ser machacados para producir el vino que alegra a Dios y a los hombres ([Jue. 9:13](#)). El incienso debía machacarse muy finamente y ponerse sobre carbones calientes, para que su fragancia subiera como un dulce olor al Señor ([Éx. 30:36](#); [Lev. 2:2](#)). Así, las oraciones de los creyentes, producidas por las diversas pruebas y tribulaciones por las que pasan, son un dulce olor para Dios. David dijo: «Suba mi oración delante de ti como el incienso, el don de mis manos como la ofrenda de la tarde» ([Sal. 141:2](#); comp. [Apoc. 5:8](#)). Nos encanta la comodidad y el descanso exterior, pero no son buenos para los extranjeros y los peregrinos; olvidamos con demasiada facilidad nuestro lugar y nuestra vocación. De ahí la seria advertencia: «Cuidate» ([Deut. 8:11](#)). Cuando, por el descanso y el disfrute de las bendiciones, Israel engordó y se resintió: «Pero engordó Jesurún, y tiró coces (engordaste, te cubriste de grasa); entonces abandonó al Dios que lo hizo, y menospreció la Roca de su salvación» ([Deut. 32:15](#)).

## 3 - La obra de Dios en nosotros a través de las dificultades que él permite

Como puede verse en los países cálidos, la palmera crece, puede decirse, con la carga y bajo el peso que lleva. Este peso, que es cada vez mayor a medida que los dátiles

maduran, acaba por romper la albura que, como una fuerte red de fibras entrelazadas, mantiene unidas las hojas del corazón e impide que florezcan. Lo mismo ocurre con nosotros. ¡Cuántas veces dejamos que nuestros corazones se envuelvan como en una tela que nada parece poder romper, y que impide nuestro crecimiento espiritual! Pero nuestro Dios, el Dios sabio y fiel, que desea que crezcamos en cuanto al hombre interior, utiliza las dificultades y las tribulaciones, las penas y los sufrimientos, como medio para liberar nuestros corazones de las cadenas de este mundo y de la carne, y promover así el desarrollo de la vida nueva. Así, el apóstol Pablo escribió a los corintios sobre su camino de sufrimiento: «Porque cuando nuestro hombre exterior va decayendo, el hombre interior se va renovando de día en día» (2 Cor. 4:16). Por eso no se cansó, en medio del sufrimiento, ¡siempre tuvo buen ánimo!

Muchas personas comen el pan cotidiano durante toda su vida, sin pensar en el maravilloso camino que debe recorrer el grano de trigo para convertirse en un pan nutritivo. El Señor Jesús aprovechó la oportunidad de todo y a menudo utilizó los acontecimientos y las cosas más sencillas de la vida para extraer lecciones serias y alentadoras. ¿No podemos aprender también de Él en este sentido y seguir su ejemplo? Primero se siembra el trigo, luego muere, después crece y madura; finalmente se recoge, se trilla, se tamiza y se muele. Después, se convierte en masa y se forman panes, y finalmente se introducen en un horno caliente, antes de que puedan convertirse en aquello que «alegra el corazón del hombre» (Sal. 104:15). El Señor también debe hacer esto por nosotros. Si los hombres quieren poner sus manos en ella, cometen grandes faltas. Salvar, purificar, tamizar, preparar, formar, completar, es todo obra de Dios. Él es el alfarero y tiene poder sobre el barro, y su obra es siempre perfecta.

El Señor también sabe cómo tratar a los que, como Moab, se han quedado quietos en sus heces, y por ello no han perdido ni su antiguo sabor ni su mal olor (Jer. 48:11). Sabe trasvasar el vino, verterlo de vasija en vasija, para que el creyente se convierta en vino viejo, dulce y generoso, apto para ser utilizado en el fortalecimiento de los débiles. El apóstol, exhortando a su hijo Timoteo, le dijo: «Fortalécete en la gracia que es en Cristo Jesús» (2 Tim. 2:1). Por naturaleza, nuestra apreciación es muy diferente. Creemos que somos fuertes en nosotros mismos; nuestra voluntad no se rompe, y confiamos en nuestra sabiduría y poder. ¡Qué bueno es, si ese viejo perfume se va de nosotros! Pero, ¡cuántas veces necesitamos ser vaciados de vaso en vaso, hasta que lo perdemos, y la gracia, que está en Cristo Jesús, es nuestra única fuerza!

Jeremías, en sus Lamentaciones, dice: «Bueno le es al hombre llevar el yugo desde

su juventud» (3:27). ¡Qué serias y verdaderas son estas palabras! El yugo llevado a tiempo nos libra de la confianza en nosotros mismos, nos aleja del orgullo, nos enseña la paciencia y la perseverancia y, por tanto, es de gran utilidad en los días venideros. El que ha llevado este yugo con provecho, disfrutará del Señor como la porción que le queda, pase lo que pase. Ha aprendido a esperar en reposo la liberación del Señor; ha experimentado que sus compasiones son nuevas cada mañana, y que su fidelidad es grande. Su alma dice: «Mi porción es Jehová... por tanto, en él esperaré» (Lam. 3:24). Tal estado del corazón es precioso y bendito, y es para la gloria de Dios.

## 4 - La paciencia en la aflicción, mientras se espera el descanso eterno

Baruc, hijo de Nerías, se sintió en su momento muy desilusionado, al ver que su fiel servicio por la verdad le acarrea continuamente nuevas dificultades y sufrimientos, por lo que llegó a gritar: «¡Ay de mí ahora! porque ha añadido Jehová tristeza a mi dolor; fatigado estoy de gemir, y no he hallado descanso» (Jer. 45:3). A veces tenemos la tentación de asentir a sus palabras, especialmente cuando no nos hemos preparado para enfrentarnos a las tribulaciones. Por el contrario, los apóstoles se gloriaban en las tribulaciones; estaban preparados para ellas y sabían a qué bendito propósito sirven: «Sabido que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza;» (Rom. 5:3-5). «Hermanos míos, tened por sumo gozo el estar enfrentados a diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Pero que la paciencia tenga su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que nada os falte» (Sant. 1:2-4).

Necesitamos ser fortalecidos en todo sentido, según el poder de su gloria, no para hacer una gran obra, sino «para toda paciencia y longanimidad» (Col. 1:11). En un antiguo himno se dice: “¡Oh!, qué feliz es aquel a quien Dios pone en la prueba y la aflicción.” Y en uno de los libros más antiguos de la Biblia leemos: «He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso» (Job 5:17). Así pues, queridos peregrinos, animémonos en la “alta escuela” de nuestro Dios, sometámonos con el corazón a sus caminos hacia nosotros. Pase lo que pase, Dios es fiel y no permitirá que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar, pero con la tentación también hará la salida (1 Cor. 10:13). Pero, sobre todo, en la tribulación, guardémonos de dar oídos al Enemigo.

Una de las pruebas más dolorosas para el siervo del Señor es cuando Dios permite que el mal siga su curso libremente. Este fue el caso en los días de Elías, Jeremías y Juan el Bautista. En estos días es bueno hacer caso a las palabras del Señor: «Bienaventurado aquel que no encuentra tropiezo mí» (Mat. 11:6). Desgraciadamente, nuestro corazón natural es tan pervertido y obstinado que con mucha facilidad quedamos insatisfechos con el modo en que Dios nos trata, ya sea porque nos conduce por otros caminos que los que pensábamos seguir, haciéndonos renunciar a cosas que hubiéramos querido conservar, o porque deja pasar el mal y nos hace tener experiencias amargas en el camino del testimonio y del servicio por Él. Jonás se regocijó con gran alegría por la calabacera; pero el mismo Dios que se lo/la dio lo/la secó, y además envió un viento caliente del este y un sol abrasador sobre su siervo. ¡Prueba tras prueba! Otros siervos de Dios han pasado por cosas similares. «Contra mí son todas estas cosas», dijo Jacob (Gén. 42:36). Y Job se quejó así: «Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal» (Job 30:26). «Día de curación, y he aquí turbación», dijo Jeremías (8:15). E incluso Juan el bautista envió a preguntar al Señor: «¿Eres tú el que viene, o debemos esperar a otro?» (Mat. 11:3). Estas pruebas exponen los pensamientos de nuestros corazones. Nos muestran lo débiles y de poca fe que somos, y lo poco que hemos aprendido en la escuela de nuestro Dios. Esto es muy humillante, especialmente para los antiguos alumnos, que durante tanto tiempo han tenido el mejor de los maestros, y han escuchado tantas veces de su boca las palabras: «Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí» (Mat. 11:29).

En el mismo capítulo de Mateo leemos: «En aquella ocasión... Jesús dijo: ¡Gracias te doy, Padre, Señor del cielo y de la tierra!» (v. 25). ¿A qué hora fue eso? ¡Ay! Juan el bautista ya no sabía qué pensar del Señor; la gente decía de Jesús que era un comilón y un bebedor, amigo de publicanos y pecadores; Cristo tuvo que pronunciar su terrible «¡Ay de ti!» sobre las ciudades donde había hecho el mayor número de milagros. Todo estaba en su contra; todo su trabajo, todos sus esfuerzos, parecían haber sido en vano. «En aquella ocasión... Jesús dijo: ¡Gracias te doy, Padre! «Haya, pues, en vosotros este pensamiento que también hubo en Cristo Jesús» (Fil. 2:5). El discípulo no está por encima del maestro, ni el esclavo por encima de su señor (Mat. 10:24). Por eso, «hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor... Afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca... Hermanos, tomad por ejemplo de sufrimiento y de paciencia a los profetas que hablaron en el nombre del Señor. Mirad, tenemos por dichosos a los que soportaron la prueba con paciencia» (Sant. 5:7-11). Los creyentes, la «nube de testigos» de la que habla la Escritura (Hebr. 12:1), descansan ahora de todos sus problemas y adversidades. Muchos de ellos «fueron apedreados, puestos a prueba, aserrados, muertos a espada, anduvie-

ron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de pieles de cabras, pasando necesidades, afligidos, maltratados... errantes por desiertos y montañas, en cuevas y cavernas de la tierra» (Hebr. 11:37-38). El mundo no era digno de ellos; estaban más preparados para el cielo. Dios los amó y los tomó para sí. Estamos en camino hacia esa misma meta gloriosa. Un poco más de paciencia y resistencia, un poco más de tiempo en la lucha, el servicio y el sufrimiento, y el descanso eterno estará allí. ¡Cuánto alabaremos a Dios allá arriba, en la luz, por todos sus caminos hacia nosotros! Todo lo que era oscuro y enigmático para nosotros aquí en la tierra, lo veremos y comprenderemos claramente en el cielo.